

lismo inefable: los afectos íntimos que traspasan el círculo de lo explicable, le basta al autor insinuarlos, dejando libre al lector el ancho campo de la meditacion, de la reflexion y de las conjeturas.

¡Pobre María! apenas contaba quince abri-les, y ya sufría el mas cruel de los dolores: el dolor de no verse correspondida del objeto de todo su amor.... del hombre en quien habia cifrado su felicidad, y del cual habia soñado ser mil veces!....

Acababa de abrir la primer página de la historia de la humanidad, y leyó en un desengaño la primera ilusion perdida!....

CAPITULO XIV.

Pagar sin deber.

Volvamos á Buenavista, á la honesta y pintoresca habitacion de la hermosa Pilar.

El hombre que se presentó en la puerta de la sala en que estaba D. Andrés, iba vestido de rigoroso luto: era jóven, moreno y alto; de fisonomía franca y expresiva; ojos y pelo negros, de maneras distinguidas, de elegante porte, y atento y comedido como buen mexicano: en su mano, cubierta con guante negro de fina cabritilla, llevaba un magnífico baston con puño de oro, del cual pendian dos pequeñas borlas de seda.

D. Andrés le miró fijamente, y no pudo

descubrir en su semblante nada de esa repugnante y odiosa altanería que generalmente suele pintarse en las facciones de los encargados de administrar justicia, en quienes mas que en ningun otro, debieran resaltar siempre las consideraciones y la humanidad debidas al desgraciado.

—¿Podré saber lo que tiene vd. que ordenarme, caballero?

Preguntó el anciano algo mas tranquilo con su exámen, y haciendo un fino saludo con la cabeza.

—Si vd. tiene la bondad de oirme, tendré el gusto de poner en su conocimiento el asunto que me trae á su casa.

Aquella contestacion, acabó de tranquilizar á D. Andrés, pues creyó que para agente de gobierno, era demasiado comedido quien con tanta urbanidad le hablaba.

—Tendré suma satisfaccion en escuchar á vd.: dígnese vd. sentarse.

—Mil gracias.

D. Andrés, señaló con la mano el sofá á su interlocutor, y él tomó asiento á su lado en una silla.

—Puede vd. empezar cuando guste; estoy á la disposicion de vd.

—No me conduce á la casa de vd. otro objeto que el de entregarle una cantidad que le debo.

—¿Usted?

—Sin duda.

—Creo que padece vd. un error, porque no recuerdo haber tenido el gusto de verle jamas.

—Efectivamente; es la vez primera que tengo la honra de dirigir á vd. la palabra.

—La honra es mia.

—Y sin embargo de no habernos hablado nunca, es vd. mi acreedor.

—¿Su nombre de vd?

—Antonio Miron.

—Ni en la nota de mis corresponales, ni en el libro de ventas, tengo apuntado tal nombre.

—Tiene vd. razon.

—Pues entonces. . . .

—Me explicaré.

—Lo deseo ardentemente.

—Vd. tenia en el Parian, enfrente al Por-

tal de Mercaderes, una tienda de ropa llamada "El Iris."

—¡Sí señor!—contestó con marcada tristeza D. Andrés—una tienda, cuyos géneros ascendían á mas de doscientos mil duros: la fortuna de mis hijos que han quedado en la miseria!....

Y el afligido anciano no pudo continuar: estaba fresca aún la herida; el día anterior vivía en la abundancia, guardaba para sus dos hijos un capital no despreciable, fruto de sus economías, de su asiduo trabajo, de su honradez; le halagaba la consoladora idea de que iba á pasar el último tercio de su vida, tranquilo, disfrutando de las comodidades de que se había privado en la juventud para labrar un modesto porvenir; y en lugar de todo esto, se encontraba en aquel instante pobre, arruinado, sin herencia para sus hijos, amenazado de un destierro, sin amigos, sin esperanzas.... Al fijarse en esta desgarradora idea, los ojos se le llenaron de lágrimas, y los comprimidos sollozos que se disputaban la salida de su angustiado pecho, anudaron su gargan-

ta.... Había visto desaparecer en pocas horas, en un momento, la base de todos sus lisonjeros proyectos, y en vez del delicioso oasis que la imaginación le había presentado como el término de su fatigoso viaje, se encontró arrastrado de repente á un desierto arenal, cuya entrada era la mendicidad, su recinto el frío y el hambre, y su puerta de salida la tumba.

D. Antonio no quiso contener con estériles palabras, que en vez de consolar afligen, aquel llanto consolador con que el alma suele desahogar sus penas. Sabía, por experiencia, pues había perdido á sus padres, lo inoportunos que suelen ser los consejos, hacía la resignación, con que los amigos suelen abrumar á los que han sufrido una desgracia, y por lo mismo en vez de ocuparse en buscar frases que indicaran la parte que tomaba en su pena, acudió á un recurso mas eficaz.

—Conozco—dijo—los justos motivos de esas lágrimas; y ojalá que, así como puedo poner en sus manos una insignificante parte de la riqueza de que ha despojado á vd., no

un partido, sino el odio de un ingrato, pudiera traerle todo su capital.

—¡Cómo!....—exclamó D. Andrés gratamente sorprendido—¿viene vd. á traerme algo de lo que he perdido?

—Sí señor, aunque, por desgracia, es muy poco.

—De todas maneras, debo dar á vd. las gracias por su benevolencia, pues además de la generosa acción que me revela una alma hidalga y virtuosa, me proporciona un recurso que, en las aflictivas circunstancias actuales, es de más precio que en otras de abundancia, la más respetable cantidad.

—Así lo he creído, y por lo mismo me he apresurado á colocarla yo mismo en poder de vd.

—¡Ah!.... ¡no sabe vd. cuánto se lo agradezco!.... Dentro de pocos días, tal vez, nos veremos obligados á salir del país, y todos los muebles de mi antigua casa los he vendido para proporcionarme recursos para el viaje.

—¡Piensa vd. ir al extranjero?

Exclamó el jóven sorprendido y pálido como la muerte.

—Me hacen marchar á él.

—¿No logrará vd. que le exceptúen de la expulsión general?

—No lo espero, D. Antonio.

—En el congreso hay diputados que han tomado á su cargo manifestar lo inconveniente que es á los intereses del país hacer salir á los laboriosos españoles del territorio de la República.

—Lo creo, porque conozco el noble corazón de los mexicanos; pero no son ellos, D. Antonio, quienes han dispuesto nuestra expulsión, sino influencias extrañas de ambiciosos extranjeros que anhelan quedar dueños del comercio y de la industria del país.

—Por desgracia es demasiado cierto lo que vd. dice. Hemos entrado en la vida política con el entusiasmo de una nación nueva, con el ardor y la confianza que inspira el patriotismo sincero. Semejantes á la fogosa juventud que, llena de nobleza y de hidalgos sentimientos, franquea á todo el

mundo su casa, cree á todos amigos, de nadie desconfía y acoge con aplausos cuanto le dicen que puede contribuir al engrandecimiento del rico patrimonio de que acaba de entrar en posesion, así nosotros hemos abierto los brazos á todos los hombres de todos los paises, les hemos brindado generosamente con las riquezas de nuestro fértil suelo, y en vez ellos de corresponder con lealtad á nuestra confianza, encienden la guerra civil, siembran la discordia en esta hospitalaria nacion, y abusando de nuestra buena fé, nos dividen en partidos que nunca debieran existir entre individuos de una misma familia.

—Por eso disculpo la medida del gobierno, D. Antonio: en ella veo claramente la mano extranjera que, vendiéndose amiga, atiza el fuego de las revoluciones para sacar provecho de ellas.

—Sin embargo, yo abrigo la lisonjera esperanza de que la voz de los diputados que han tomado la defensa de los españoles, triunfará al fin, y que la expulsion no se llevará á efecto.

—¡Dios lo quiera!

—Pero yo estoy abusando de la benevolencia de vd., robándole con mi conversacion, un tiempo que sin duda lo tendria vd. destinado á negocios de sumo interes.

—Nada de eso.

—Aquí tiene vd.—dijo D. Antonio sacando un bolsillo con oro—quinientos duros, que es la cantidad que tengo suya.

—¡Quinientos duros....—exclamó el anciano.—Pero ¿cómo ha llegado á poder de vd. esta suma?

—El origen debe á vd. interesarle poco.

Replicó el jóven tratando de esquivar toda explicacion.

—Al contrario, y tan es así, que me veré precisado á no recibir un solo real, si no estoy convencido de que me pertenece.

Don Antonio se desconcertó con aquella respuesta.

—Cuando vengo á poner en manos de vd. esa cantidad—contestó como buscando una respuesta que satisficiera á su interlocutor—es prueba evidente de que es suya.

—Puede serlo, por generosidad de algu-

no que trata de hacer menos amarga mi suerte, desprendiéndose él de esa suma ahorrada tal vez á costa de privaciones, y entonces no la puedo aceptar.

—No reconoce origen tan noble el dinero de que soy portador;—repuso D. Antonio con voz entrecortada;—y aunque me habia propuesto callar su procedencia, voy á revelársela á vd. para tranquilizar su delicadeza.

—Ya vd. debe conocer que es justo mi deseo.

—Ayer, poco despues del desórden ocurrido en el Parian, y al dirijirme á visitar á una enferma que tengo de peligro, ví en la calle á un hombre que entregaba á otro abundantes y ricos géneros por una cantidad que le daba el segundo. El vendedor era un antiguo criado mio que está ahora al servicio de Rossi.

—¡Rossi! . . . ¡el autor de todas mis desgracias!

—No bien se separaron, alcancé á quien fué mi sirviente, y le pregunté que de dón-

de habia sacado las telas vendidas, y me nombró la tienda de vd.

—Sí; yo la ví destruida y arruinada.

—Como el criado aquel me debia muchos favores, y además posee un buen corazon, no bien me oyó decir que el reciente despojo hecho á los españoles era injusto, ofensivo á Dios y á la sociedad, quedó confundido y exclamó: ¿Ofensivo á Dios, y por qué? Yo he combatido lealmente, y mi amo Rossi, que es oficial, nos ha dicho que el saqueo está permitido en ley de guerra en todos los países.—En guerra extrangera y país extraño, contesté, está tolerado; aunque siempre es un acto vandálico, pero nunca en una revolucion de partidos. A estas palabras y otras contestó citando por autoridad á Rossi, hasta que convencido al fin por mis razones, y conmovido por la triste pintura que le hice de la posicion en que vd. quedaba, me entregó generoso, la cantidad en que habia vendido los géneros, para que se la entregase á vd. sin tardanza.

—Gracias, D. Antonio, por el interes que ha tomado vd. por mí.

—Reciba vd. ahora la suma expresada.

—Le daré á vd. un recibo.

—¿Para qué? No hay necesidad.

—Para que me haga vd. favor de entregárselo á ese leal criado, y pueda algun día, si la suerte me vuelve á sonreír, presentármese con él, para que yo corresponda de una manera leal á su favor.

—No se moleste vd., D. Andrés: esos rasgos encuentran su mejor premio en la conciencia.

—Sin embargo, la mía no queda tranquila sin hacer de mi parte lo que creo justo.

—Si es así, no quiero privarle á vd. de esa satisfaccion.

—¿Pilar?

Dijo D. Andrés llamando á su hija.

Don Antonio, al escuchar aquel nombre, sintió dentro de su pecho una sensacion profunda: poco despues escuchó el crujir de un vestido en la pieza interior, y se estremeció como si aquel ruido ejerciese sobre su organizacion un influjo magnético; clavó la vista en el sitio por donde esperaba ver salir un objeto: pasado un instante

descubrió al traves de la trasparente cortina que velaba la entrada, la hechicera forma de una mujer, y su corazon latió violentamente; abriéronse, por último, suavemente las hojas de la puerta vidriera, y se presentó en la sala la simpática jóven.

Al encontrarse su vista con la de D. Antonio, se sorprendió, y estuvo á punto de exhalar una exclamacion; brilló en sus ojos la alegría, y luego, haciendo un gracioso saludo, los bajó ruborosa, teñido su angélico semblante por el delicado sonroseo que imprime el pudor en las suaves mejillas de una honesta vírgen.

—Aquí te presento—dijo D. Andrés sin advertir el cambio instantáneo que se operó en el rostro de su hija—al señor D. Antonio Miron, que acaba de prestarme un importante servicio.

—¿Será posible?

Exclamó la jóven llena de júbilo, fijando una mirada de gratitud en el hombre que le correspondió con otra llena de amor.

—Su padre de vd., señorita, exagera un

favor que no merece ni aun el honor de ser referido.

—Nada de eso, hija mia. Me acaba de entregar una suma.

—Por Dios, señor D. Andrés—le interrumpió el jóven, tratando de que pasara desapercibido el servicio que le acababa de prestar;—suplico á vd. que....

—No puedo complacer á vd., D. Antonio, satisfaciendo las exigencias de su modestia. Si vd. ha cumplido con su generosidad, yo no he llenado los deberes que me impone la gratitud.

—Hable vd., querido padre, no me oculte vd. el servicio que se ha dignado prestar á vd. el señor.

—Me acaba de entregar quinientos duros.

—¡Quinientos duros!

—Sí, hija mia; quinientos duros que, merced á sus consejos, le entregó un antiguo eriado suyo, que vendió en esa cantidad varios géneros que extrajo ayer de mi tienda.

—¿Será posible?

Exclamó llena de gozo Pilar. Pero luego, dominada por un pensamiento que se fijó

en su mente, clavó los ojos en D. Antonio que, adivinando el objeto de aquella mirada escudriñadora, se inmutó sin poder ocultar su turbacion. D. Andrés, á quien el gozo no le daba lugar para advertir el lenguaje mudo, pero expresivo, de los dos jóvenes, contestó:

—Sí, Pilar: nada es mas cierto; aquí están los quinientos duros que me acaba de entregar en oro, y de los cuales voy á darle un recibo. Tenga vd. la bondad, D. Antonio, de esperar un momento, mientras lo firmo allí adentro.

Al terminar estas palabras, D. Andrés salió de la sala dejando en ella á los dos jóvenes.

—¡Ah querido y generoso Antonio!—Exclamo Pilar con la efusion mas profunda de cariño.—¿Por qué te has desprendido de esa cantidad, que nadie, sino tu noble corazon, te ha encargado entregar á mi buen padre?....

—¡Cómo! ¿Crees qué....

—No, no creo; sino que estoy persuadida de que ese dinero es tuyo, y que por no he-

rir la delicadeza de mi padre, has forjado una historia que solo tiene de cierto tu generosidad.

—Te aseguro, Pilar....

—¿Por qué tratas de ocultarme la verdad?

—Pues bien, sí; es cierto, amor mio: la desgracia de tu padre no podía ser indiferente para mí, que te amo con todo mi corazón, que cifro mi dicha en tu felicidad: supe que le habían dejado en la mayor pobreza, y he tratado de prestarle un ligero consuelo en su adversa suerte.

—¿Cómo no amarte con tan noble corazón....!

—¿Pilar!.... ¡hermosa mía!....—dijo D. Antonio estrechando la blanca mano de su amada:—el servicio que he prestado á tu padre, no tiene el mérito con que tú le revisitas. La virtud está en relacion con los sacrificios que hace el hombre: ¿cuáles son los que yo he puesto en práctica para aspirar al título de generoso? Ningunos: heredero de una fortuna inmensa que me han dejado mis amados padres al morir, y rico por la noble carrera de médico que desem-

peño, los quinientos duros que acabo de entregar á tu padre, no disminuyen en lo mas mínimo mi capital, y nada tiene por lo mismo de meritoria una accion que no cuenta con ningun sacrificio.

—No disputaré sobre el mas ó menos mérito del favor que nos has dispensado; pero siempre veré en él una de las preclaras virtudes que te hacen digno del amor de todo el mundo.

—El tuyo solamente es el que yo anheló, Pilar.

—Con él cuentas hasta la muerte.

—¿Cuán dichoso me haces con esas palabras!....

—Sí, Antonio, con él cuentas, aun cuando el destino me lleve lejos de aquí.

Y los ojos de Pilar se cubrieron de lágrimas.

—¿Qué recuerdo, Dios mio!....—exclamó D. Antonio con la mas profunda amargura.—¿Separarte de mí!....

—Destierran á mi padre y es preciso seguirle á su destierro!....

Don Antonio quedó cabizbajo y medita-

bundo. Amaba con toda la fuerza de una pasión verdadera, vehemente, inextinguible. Aquella mujer era el objeto de todos sus pensamientos, el bien á que aspiraba, la única felicidad de su vida; así es que la idea de perderla le dejó abrumado, le anonadó. De repente pareció tomar una resolución salvadora; volvió á estrechar la mano de su amada, y la dijo:

—¡Nunca nos separaremos!

—¡Cómo!

—Si salís expulsados, abandonaré el país, iré á donde vayas; y cuando considere que tu padre me cree digno de tí, le pediré tu mano.

—¡Ah! . . . tú me inundas de felicidad.

—Sin padres y sin familia, ¿qué atractivos me brinda el país en que no existe el ángel de mi ventura, el sér que adoro, el ídolo que ocupa para mí la creación entera?

Y Pilar lloraba de placer, conmovida por las dulces palabras de su amante. El jóven que en aquellas lágrimas veía las protexas del mas profundo amor, continuó:

—Seremos dichosos, alma mia. Dios no

separará dos almas que se han comprendido, que alientan el mismo deseo, que tienen una misma vida, un mismo pensamiento: viviremos en España hasta que calmen las pasiones políticas; y cuando el gobierno alce la expulsión á los españoles, volveremos á nuestro amado suelo para que nada falte á nuestros goces, á nuestra ventura, á nuestra felicidad.

—Antes sentía abandonar mi patria, porque te dejaba en ella; pero ahora casi deseo que llegue el instante de partir.

—¿Por qué?

—Porque me asusta la presencia de un hombre que me persigue por todas partes, que juró vengarse de mi negativa, y que ha empezado á cumplirla dejándonos en la pobreza.

D. Antonio se acordó en aquel momento de Rossi, de las palabras amenazadoras con que contestó la noche anterior á su reto, y palideció. El temor de Pilar preocupó su imaginación, y tembló, dominado por un terrible pensamiento.

—¿Qué te pasa?—añadió la hermosa jó-

ven, notando la palidez de su amante:—¿estás malo?

—No, nada.... el pensar en nuestra partida.... en tu amor.... el exceso del placer tal vez....

—¿No deseas, como yo, ver á mi padre lejos de las asechanzas de ese Rossi que ha tenido la osadía de enviarnos un recado, diciéndonos que la pobreza en que nos ha dejado, solo ha sido el primer paso que ha dado en la senda de su odio?

—¡Infame!—exclamó D. Antonio sin poderse dominar.—Yo le atravesaré el corazón antes de que pueda continuar su destructora marcha!....

—¡Ah!.... no; yo te lo prohibo:—contestó Pilar con la mayor inquietud.—¿Qué otra cosa puede hacer ya que violentar nuestra expulsión?... ¿Y no la deseamos?

Don Antonio iba á contestar; pero la presencia de D. Andrés, que volvía con el recibo, se lo impidió.

—Aquí tiene vd., excelente jóven—dijo el anciano entregándole un papel—el docu-

mento que acredita que me ha entregado vd. quinientos duros en oro.

—Muy bien;—contestó D. Antonio recibéndolo, y guardando el recibo en una elegante cartera:—lo he admitido puramente por complacer á vd.

Y al concluir estas palabras se puso en pié.

—¿Se va vd. tan pronto?

—Sí señor, tengo horas fijas dedicadas á mis enfermos, y con bastante sentimiento me veo precisado á dejar la amable compañía de vdes.

—Mil gracias, D. Antonio; y muy grato será para mí que un conocimiento debido á un rasgo tan hidalgo en vd., vaya estrechando su círculo, hasta que dé por resultado una verdadera amistad.

—Me honra vd. con distinciones tan señaladas, y aprecio en mucho el alto favor con que vd. me brinda, para que yo no trate de cultivar las relaciones que inundan mi alma de satisfaccion.

—Tendré mucho gusto en ello; ha toma-

do vd. ya posesion de esta casa, que es de vd. desde este instante.

—Mil gracias. Adios.

—Adios.

D. Antonio dirigió una tierna mirada á la hermosa Pilar, que correspondió con otra dulce, grata, irresistible, apasionada: D. Andrés le acompañó hasta la puerta, y mientras la interesante jóven, olvidando sus pasadas penas, se entregaba al placer que vierte en el alma la esperanza de una dicha próxima, su amante marchaba atormentado por un presentimiento funesto que no podia arrancar de su pecho.

Las amenazas de Rossi con respecto á la mujer que amaba, le hicieron temblar. Pensó dirigirse por segunda vez á su casa para desafiarle; pero persuadido de que le volveria á suceder lo que la noche anterior, desechó aquella idea como infructuosa, y se entregó á otras nuevas que se agolpaban á su exaltada imaginacion.

—¡Ah!....—dijo D. Andrés trasportado de placer y conmovido por el noble rasgo del jóven que acababa de salir:—el cielo

vela por nosotros, hija mia: Dios que con una mano despoja al hombre de las riquezas que en su orgullo creyó eternas, para hacerle ver cuán pasajeros son los bienes de la tierra, le presenta con la otra nuevos dones que son tanto mas estimados cuanto son mas conocidas nuestras necesidades y nuestra miseria.

—¡Está vd. ya contento, padre mio?

—Sí, lo estoy por tí; por tí, hija mia, á quien deseo hacer menos sensible la amarga suerte que nos ha hecho descender de la brillante posicion que ocupábamos; por tí que no te separas de mi lado, mientras que tu ingrato hermano me deja todas las noches en continua agonía.

—No le acuse vd., padre mio. Cárlos ama á vd. como nunca hijo alguno amó á su padre; con todo el cariño de un corazon que, como el suyo, atesora todas las virtudes.

—¡Ah!.... si no lo creyese así, moriria, hija mia:—exclamó D. Andrés conmovido.—Pero ¿por qué huye de nosotros todas las noches? ¿Por qué esa reserva conmigo, sin confiarme el secreto que le obliga á partir

sin hacer caso de mis súplicas?.... ¿A dónde va?.... ¿Cree, acaso, que yo me opondría á nada que fuese racional y justo?.... No, no quiero dudar de su cariño, porque vuestro cariño es mi vida, el consuelo de mi vejez; pero su extraña conducta me hace mal, me asusta, me tiene en constante sobresalto.

—¿Por qué, padre mio?

||—Hace algun tiempo que vienen á buscarle algunos amigos con quienes se encierra en su cuarto largas horas: ¿qué hacen allí?.... ¿de qué tratan?.... lo ignoro: todas son personas desconocidas para mí, en cuyos semblantes leo no sé qué de siniestro y de....

D. Andrés movió la cabeza á derecha é izquierda en señal de desaprobacion.

—¿Cómo!.... ¿cree vd. que sean amistades indignas de su aprecio?

—No lo sé, hija mia; no avanzaré mi opinion hasta el grado de considerarlas perversas; pero esas continuas salidas de tu hermano, desde antes del saqueo, su reserva para conmigo, que tanto le quiero; las

precauciones que toma para que nadie penetre en su cuarto cuando á verle vienen sus amigos; su continuo afan, y esa tristeza reflexiva que noto siempre en su semblante, antes tan sereno y jovial; todo esto, repito, me hace preveer terribles y funestas consecuencias.

—¿Y si no reconociesen sus salidas otro objeto que el del amor?

—¡Ah!... ¡cuánto celebraría que así fuera! Pero no: el amor no echa mano ni de los amigos, ni de los misterios: el semblante del que ama no está velado por esa sombra aterradora que de continuo se retrata en las facciones de tu hermano.

—Entonces....

—Todo me hace creer que Cárlos conspira hoy contra el gobierno; y esta idea me asusta, me hiela la sangre, porque la menor imprudencia labraria su ruina y la nuestra.

—Pero si realmente conspira, estoy segura de que no será por satisfacer bastardas ambiciones propias, sino por proporcionar á vd. el bien de que no le expulsen del país; de que alcance vd. el anhelado

placer de permanecer en el suelo donde hasta hace pocos dias fuimos tan felices.

—No, Pilar: yo no deseo ya mas que verme á vuestro lado, pasando el último tercio de mi vida gozando de vuestras caricias, únicos bienes que me quedan sobre la tierra. Cien ojos vigilan, siguen los pasos, espían los movimientos de todo aquel á quien la opinion designa como contrario al credo político del gobierno; ¿y á quién le son desconocidas las tendencias políticas de tu hermano? ¿Crees tú que Rossi, ese hombre funesto que ha proyectado nuestra ruina, no esté pendiente de las acciones de Carlos?... ¡Ah!.... estoy persuadido de que si algo intenta, su pensamiento está ya descubierto por el vengativo sardo que, semejante al Proteo de la fábula, toma todas las formas para merecer la confianza de todos los partidos, y sorprender los secretos de los descontentos.

—Me hace vd. temblar, padre mio.

—Dios nos libre de que mis sospechas sean ciertas, porque entonces tendríamos que agregar una desgracia mas al catálogo

de nuestras presentes desventuras. Pero ¿nada te ha confiado á tí, hija mia?

—Nada.

Contestó Pilar titubeando.

—Dime la verdad: entre hermanos suele haber confianzas que no se tienen con los padres, y pudiera muy bien haberte confiado sus proyectos, si es que algo intenta.

—Le repito á vd. que nunca se han abierto sus labios sino para formular palabras de cariño y de amor hácia vd.

—¡Ojalá que mis recelos no reconozcan otro origen que el vago fantasma de un temor pueril!... Pero es preciso que tú, para tranquilizarme, le preguntes, indagues, descubras la verdad, y que me la digas tan pronto como á tus oídos llegue.

—Le prometo hacerlo así, padre mio.

—Aquí llega: ¿no le ves cuán preocupado sale de su gabinete? ¡Ah!... indaga, hija mia, arráncale el secreto, en tanto que yo entro á mi cuarto á escribir algunas cartas á mis deudores.

Y efectivamente, Carlos entró á la sala distraido y como dominado de alguna idea

importante. Sin reparar en su hermana, se dirigió lentamente hacia la puerta vidriera del balcón, detrás de la cual se colocó mirando hacia el campo, pero siempre en ademán reflexivo.

Pilar le contemplaba en silencio, y espía-
ba los mas leves movimientos de su fisonomía.

Cárlos era el vivo retrato de su simpática hermana: sus cabellos rubios y rizados, daban á su agradable, varonil y blanco rostro, una expresion interesante y dulce, que revelaba la rectitud de sentimientos de una alma noble y generosa: sus ojos azules y rasgados, indicaban la inagotable benevolencia de un corazón franco y dócil; pero cuando el alma, exaltada por algun alarmante pensamiento abandonaba el estado normal que revestia su semblante de cierta gracia femenina, entonces dominaba su vista el rayo de la inteligencia, de la osadía, ó de la indignacion: sus encendidos y delgados labios se ponian blancos como el papel: su nariz perfecta y proporcionada, anchaba sus caños para absorber con mas fuerza el

aire que respiraba: plegábase su entrecejo; y el blanco mate de su despejada y espaciosa frente, encendíase con la sangre que se elevaba del corazón, hinchando terriblemente la vena coronal que baja perpendicularmente del nacimiento del pelo á la nariz.

Cárlos vestia una levita negra y airosa, perfectamente hecha: un pantalon claro, de agradable hechura, caía graciosamente sobre una lustrosa bota que ajustaba un pié de agradable forma y de elevado empeine: su cuerpo era gallardo y suelto, y en sus elegantes y naturales movimientos se descubria al jóven mexicano de esmerada educacion.

Pilar permaneci6 por un instante observando á su querido hermano; pero viéndole ensimismado en sus pensamientos y sin dar muestras de salir de su profundo éxtasis, se levantó de la silla que ocupaba: Cárlos volvió entonces la cabeza, y preguntó maquinalmente.

—¿Estabas ahí, Pilar?

La hermosa jóven corrió á donde estaba Cárlos.

—¿Qué tienes, hermano mio?—dijo Pilar acercándose con cariñoso interes á su hermano.—¿Por qué ha sucedido de repente á la conformidad que manifestaste el dia de nuestra ruina, la marcada tristeza que nubla tu semblante? ¿Te preocupa alguna idea funesta?

Las palabras de Pilar fueron á sacar de su éxtasis al pensativo jóven que, ensimismado en sus pensamientos, parecia olvidarse del mundo entero; pasó la mano por su despejada frente como para llamar en su auxilio alguna idea; introdujo sus dedos por entre el blondo cabello dándole distraidamente variadas y graciosas formas; fijó sus azules ojos en el simpático rostro de su querida hermana; y animando sus labios con esa melancólica sonrisa que vaga fria por el macilento semblante de todo desgraciado que trata de ocultar á los ojos del mundo egoista sus pesares, contestó con aire distraido.

—¿Decias que estoy triste?.... No, her-

mana mia: ¿qué motivos pueden existir para ello cuando me encuentro al lado tuyo y de mi padre, que sois todo mi amor?

—¿Y sin embargo te alejas de nosotros todas las noches!—advirtió Pilar.—Si supieras la inquietud en que vive, alarmado por tus misteriosas salidas!....

Cárlos palideció.

—¿Ah!.... sí; mi conducta debe parecerle odiosa:—exclamó el jóven con marcada tristeza—indigna de un hijo agradecido que debe á su padre una educacion esmerada... ¡Pobre padre mio!

Y los ojos de Cárlos se velaron con la sombra de la mas profunda tristeza.

—¿Y sin embargo—continuó con conmovido acento—nunca he tenido tanto empeño como ahora en mitigar sus penas, en hacerle menos amarga su desgracia.

—¿Ah!.... si ese es en efecto tu anhelo, fácilmente puedes volver á su alma la dulce tranquilidad.

—¿De qué manera?

Pilar cogió entre sus manos la de su cariñoso hermano, y le dijo con la ternura de

una alma virgen que pretende con su dulzura alcanzar un bien supremo.

—Suspendiendo tus nocturnas salidas.

El semblante de Carlos sufrió un cambio repentino.

—Sí—continuó Pilar sin advertir la mutacion operada en el semblante de su hermano:—de esa manera conseguirás, tú, tan bueno, derramar en el desgarrado corazon de nuestro anciano padre, el consuelo que le niegas con esas continuas ausencias que le matan. ¿Me prometes permanecer desde esta noche con nosotros?.... ¿Puedo anunciar tan grata nueva al sér que nos ha dado la vida, y que no tiene sobre la tierra otros bienes que el cariño de sus hijos?....

—Exige de mí cuanto quieras, Pilar, menos eso.

Contestó Carlos haciendo un violento esfuerzo para negar una cosa que su noble corazon hubiera querido conceder.

—¿Y por qué no lo que te pido?...—exclamó con acento suplicatorio la hermosa jóven, estrechando mas y mas la mano de su querido hermano.—¿Puede haber al-

go en el mundo que se sobreponga en tí al deseo de ver contento á nuestro anciano padre?

—Nada.

—¿O es que ya en tu corazon no ocupa tu pobre hermana el distinguido lugar que ella te consagra en el suyo?

Carlos fijó sus azules ojos en la hermosa Pilar, enviándole una de esas indefinibles miradas en que esprime el alma toda su ternura, toda su gratitud, su inagotable amor; enlazó con su amoroso brazo su flexible y estrecha cintura; la atrajo dulcemente contra su pecho, y por toda respuesta imprimió en su tersa y serena frente, uno de esos besos que entrañan una historia de profundas amarguras y de intenso amor, que solo la comprenden los séres dotados de una exquisita sensibilidad.

—¡Ah! ¿Es decir que vas á complacernos, á no separarte de noche de nuestro lado?

Y el rostro de la jóven brilló con la inefable luz de la alegría mas intensa.

—No; yo no puedo prometer, lo que no estoy dispuesto á cumplir.

Pilar se estremeció con aquella inesperada respuesta que le robaba una esperanza: dejó escapar la mano de Cárlos que hasta entonces habia estrechado en las suyas, y quedó tristemente abatida.

—¡Pilar! por Dios, no me acuses:—exclamó Cárlos, conmovido por la actitud de su hermana:—mis salidas reconocen una causa justa; el bien, la felicidad de nuestro anciano padre, y el risueño porvenir, la realizacion de tus dorados sueños de ventura. Querer, pues, que renuncie á esas salidas que os inquietan, es pretender de mí su ruina y la tuya. Pilar, nada me preguntes sobre este misterio que aún no me es permitido revelar: cuando se queje nuestro amado padre de mi enigmático proceder, defiéndeme y procura consolarle: dile que nunca le he amado tanto como ahora que se queja de mí.... como ahora que tú dudas de mi cariño.

—No, Cárlos, no dudo, ni nunca he dudado de tu amor: siempre has sido para mí el

mas bueno, el mas generoso de los hermanos.

Exclamó Pilar enternecida y estrechando la mano de su hermano.

—Y lo soy sin duda; y mucho mas te quiero ahora, hermana mia, en que mas que nunca necesitas de mí.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Quiero decirte, hermosa Pilar—contestó Cárlos con el acento mas tierno—que no ignoro los íntimos sentimientos de tu sensitivo corazon: que amas, y que necesitas de mí para que ese amor, que es el bello ideal de tu existencia, no encuentre en premio á la dulce esperanza que atesora, un inagotable raudal de lágrimas brotadas de la fuente del dolor.

Pilar quedó sorprendida con aquellas palabras, y su mano tembló entre las de su hermano que, al notar aquel estremecimiento, continuó diciendo:

—Pero no temas: hace tiempo que he leído, á pesar tuyo, en tus facciones y en tus ojos, la historia de tu alma; esa historia que se imprime con caractéres indelebles en el

fondo del corazón y que solo se borra con la muerte.

—¿Y conoces?....

—¿Al objeto que te ha inspirado esa pasión íntima?.... Sí; le conozco, y aplaudo tu elección.

—¿Será posible?

—No le trato; pero no hay uno solo en toda la ciudad que no ensalce sus preclaras virtudes, y éstas son el mejor garante de tu futura felicidad.

—¿Y yo que temía revelarte mi secreto!....

—Pero él tiene un rival temible; un rival que se opondrá á sus proyectos; un rival que se vengará de él, como se ha vengado de nosotros, si no hay quien tome á su cargo la causa de la justicia.

—¿Hablas de Rossi?

—Sí, Pilar; hablo de ese maldecido italiano abortado del averno para labrar nuestra desgracia.

—¡Ah!.... su solo nombre me horroriza!

—Pero yo seré tu escudo, hermana mía: en mi energía y en mi actividad se embota-

ran los filos de su torpe saña. Mis nocturnas salidas no reconocen otro origen que el de hacer estériles sus proyectos de exterminio, para verte feliz al lado del hombre que amas, y hacer dichosa la existencia de nuestro anciano padre.

—¿Cuán bueno eres, Carlos!

Exclamó Pilar henchida de gratitud y de reconocimiento.

—Silencio que él sale de su cuarto: adios; la hora ha llegado, y no me puedo detener un instante.

Carlos abrazó á su agradecida hermana, y salió á la calle en el momento que D. Andrés entraba en la sala.